

ANDRÉS POCIÑA PÉREZ  
JESÚS M.<sup>a</sup> GARCÍA GONZÁLEZ  
(eds.)

EN GRECIA Y ROMA, IV:  
LA PAZ Y LA GUERRA

GRANADA  
2013

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.*

*Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –[www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

© LOS AUTORES.  
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.  
EN GRECIA Y ROMA, IV: LA PAZ Y LA GUERRA.  
ISBN: 978-84-338-5555-8.  
Depósito legal: GR./ 1.352-2013.  
Edita: Editorial Universidad de Granada.  
Campus Universitario de Cartuja. Granada.  
Fotocomposición: CMD. Granada.  
Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea.  
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

## PRÓLOGO

El quinto cursillo de temas clásicos greco-romanos organizado por la Delegación de Granada de la SEEC, cuarto de la serie que denominamos “En Grecia y en Roma”, siguiendo las pautas experimentadas con indudable éxito en los precedentes sobre *Pervivencia y actualidad de la cultura clásica* (1996), *Las gentes y sus cosas* (2003), *Lecturas pendientes* (2008) y *Mujeres reales y ficticias* (2009), presenta ahora un conjunto de veintitrés visiones de la paz, de la guerra, de acontecimientos o pensamientos con ellas relacionados, estudiados a partir de los textos de Grecia y de Roma, por una serie de estudiosos y estudiosas del Mundo Clásico que desarrollan sus actividades en las Universidades e Institutos del ámbito de la Sección Granadina de la Sociedad Española de Estudios Clásicos (Granada, Almería y Jaén), así como de la Universidad de Sevilla.

El asunto abordado en esta ocasión es probable que careciese de la variedad curiosa que animaba a los enfocados en la edición dedicada a las gentes de Grecia y de Roma y sus cosas, o del atractivo literario de las aproximaciones a obras descuidadas en los estudios medios y universitarios que se presentaban en el cursillo sobre lecturas pendientes de las dos literaturas antiguas, o al interés suscitado por el tratamiento profundo de un número notable de mujeres reales o míticas, que dio lugar a un libro siempre elogiado; a pesar de ello, la paz y la guerra, como realidad o como objeto de reflexión, son elementos por desgracia siempre presentes en la historia de nuestras dos grandes civilizaciones clásicas, que casi sin interrupción marcaron su devenir, y que para siempre quedaron testimoniados en sus restos materiales llegados hasta nuestro tiempo y en sus dos admirables literaturas imperecederas. Por fuerza teníamos, pues, que

arriesgarnos a un cursillo sobre *La paz y la guerra*, pero enunciado así, por ese orden, a pesar de que en las fechas de su celebración, en los meses de abril y mayo de 2012, nuestro público solía aludir a él invirtiendo los términos, como en el título de la clásica novela rusa. El resultado fue sorprendente, y las páginas de este volumen dan testimonio de ello.

Los dos responsables de los cursillos y de los volúmenes de *En Grecia y Roma* no estamos seguros, a diferencia de lo que ocurría cuando escribíamos los breves prólogos de los libros precedentes, de que la serie vaya a continuarse. Por eso, queremos expresar con más énfasis que nunca nuestro agradecimiento a todas las estudiosas y estudiosos del Mundo Clásico que, de modo absolutamente generoso, sin ningún tipo de remuneración económica, participaron en esta hermosa actividad, muchas y muchos de forma ininterrumpida desde sus comienzos, hace casi una veintena de años. A ellas y ellos corresponde el gran éxito que han alcanzado los volúmenes resultantes. Naturalmente, no podemos olvidar que, para su organización material, contamos siempre con la calurosa acogida de los Institutos Padre Suárez, Padre Manjón, y de la Facultad de Filosofía y Letras de Granada; en las últimas ediciones, la gestión de los cursos llevada a cabo por el Secretariado de Formación Continua antes, y en la última edición por la Escuela de Posgrado de la Universidad de Granada, nos sirvió de impagable ayuda y estímulo que queremos agradecer de todo corazón.

Por último, como en todas las veces anteriores, nuestro agradecimiento más sincero a la Editorial de la Universidad de Granada, en esta ocasión a su directora, Dra. doña María Isabel Cabrera García, así como al seguidor de ediciones, don Fernando Lara Medina, y al resto del Personal de la Editorial, por el interés que prestan siempre a nuestros libros y la cariñosa atención con que nos acogen. Y no queremos olvidar, en fin, la ayuda que nos prestó don José Antonio Belmonte Márquez en la disposición y ordenación de los últimos tres volúmenes.

Granada, mayo de 2013

*Andrés Pociña Pérez*  
*Jesús M.<sup>a</sup> García González*



Sarcófago Amendola, s. II (Museos Capitolinos, Roma).

LA GUERRA Y LA PAZ EN LUCANO: LA ÉPICA  
COMO DISCURSO Y ARMA POLÍTICA

ANTONIO DE PADUA ANDINO SÁNCHEZ  
*IES Alba Longa, de Armilla (Granada)*

1. Todavía actualmente acercarse a la figura y a la obra de Lucano produce una sorprendente extrañeza a muchos de sus comentaristas. Así, Jesús Bartolomé Gómez (2006: 260) no comprende por qué Lucano afronta “por primera vez e inusualmente” unos hechos bélicos desde la perspectiva de la derrota y la causa vencida. A Jamie Masters (1992: 6) le resulta chocante el tono ominosamente negativo que Lucano emplea en su narración, dado que los autores suelen identificarse de modo empático con el entorno guerrero y los héroes que poetizan. Emanuele Narducci (2002: 18-19) igualmente afirma que la *Farsalia* es pesimista y que no tiene el carácter conciliador de la *Eneida*. En esta misma línea entiende Dulce Estefanía (1997: 437) que “la elección de la guerra civil como tema y la condena de esta como una contienda de la que no podía derivar ningún triunfo para Roma, priva a *Farsalia* de una función esencial en el *epos*, la celebrativa; el poeta está rompiendo el código de la epopeya tradicional, concretamente de la epopeya virgiliana”.

Sin embargo, en todas estas valoraciones pasa desapercibido el valor mítico y heroico que tiene *per se* la victoria póstuma de los perdedores como *topos* literario o, simplemente, como revisión histórica del pasado. Precisamente, en la *Eneida*, el modelo romano de género épico por excelencia, aquellas cenizas de Troya, aquellos rescoldos que mantienen vivos Eneas y los suyos en su periplo por las costas mediterráneas, significaban la llama de continuidad, el pago con el que los dioses tasaban la colosal tarea del nacimiento de Roma. Pues el poema justificaba así el divino fulgor de un periodo de paz y estabilidad bajo un victorioso Augusto, heredero directo de la familia Julia, emparentada con el caudillo troyano.

Y es que lo que en verdad se narra en la *Farsalia* es también una celebración *a posteriori*: la reivindicación del triunfo institucional

del bando de los vencidos en la Guerra Civil. Se cuenta, igual que la caída de Troya, un desastre, que es contemplado desde la actualidad del partido derrotado de entonces como una hermosa victoria del presente, una pretensión satisfecha en un tiempo posterior a los hechos. En este extremo no hay que olvidar que la *Corduba* hispana de los Anneo había unido su destino al de los perdedores en la Guerra Civil que narra Lucano. (E. Narducci, 2002: 5).

Seguiría, pues, la misma estela literaria que la obra capital de referencia, la *Eneida*, respecto a la *Iliada*: la causa romana es la causa de los otrora humillados y vencidos, que restituye la paz civil y combate contra los soberbios, sean griegos homéricos, rútuos y etruscos o, a la sazón, tiranos romanos.

Para captar este sentido tan evidente en sus páginas, pero que ha permanecido oculto hasta ahora, hay que leerla conscientes de que estamos ante una obra de una beligerancia partidaria, reivindicativa, de sensibilidad política sesgada. Sobre todo, si la cotejamos y evaluamos simultáneamente con su remedo de signo contrario, como veremos más adelante, en los versos del *Bellum Civile*, poema inserto en el *Satyricon* de Petronio (J. Rodríguez Morales, 1997: 253).

Vista así, las debilidades de Pompeyo, sus intentos de rehuir el combate y su sacrificio personal pueden encontrar fácilmente su *sosias* en un Eneas débil también, que huye de Troya asumiendo una tarea que trasciende sus intereses en pos del destino que tiene marcado. Bajo tal perspectiva, el héroe derrotado es la historia esforzada y vieja de Roma, que sucumbe arrasada por la barbarie oportunista de César. Encarna —es cierto— un régimen caduco que debe adaptarse a los nuevos tiempos. Porque la *tesis* o, quizás más propiamente dicho, la *síntesis* de Lucano no rechaza la presencia de un *princeps* a la cabeza del Estado; sólo reclama añadirle a su gobierno el papel civil e influyente del Senado, del partido de la nobleza senatorial que fue aniquilado en Farsalia. Por eso causa extrañeza que el protagonista de la epopeya no sea el líder de los *optimates*, sino los intereses que él representa; igual que tampoco debe causarnos asombro que César, el jefe del partido de los *populares*, el primero de la estirpe de los emperadores romanos, aparezca descalificado como modelo singular de héroe (W. R. Johnson, 1987: 103).

Esta *crisis* ideológica es la que desde la lectura actual resulta paradójica. ¿Cómo pueden cohabitar dos héroes, o dos primerísimos actores del poema, siendo enemigos entre sí, dos posturas contradictorias a la hora de ejercer el poder? Y el poeta a veces parece alinearse con ambos y a veces con ninguno (Jamie Masters, 1992: 10).

La explicación hay que encontrarla en que Lucano no es un apasionado del “republicanismo retrógrado” (E. Narducci, 2002: 25-26). Su visión casa con los nuevos tiempos que corren (J. Masters, 1992: 87-88). Admite que el destino de Roma sea tener una sola cabeza al frente del Imperio, tal como reconoce que sucederá en el desenlace final de la Guerra Civil (Lvc. 3, 392-394). Esa contingencia está ya superada. Lo que interesa en el momento en que la escribe, es el modo de llevar los asuntos del Estado, cómo desarrollar la política fundamentándose en la autoridad tradicional de la Constitución Romana, del *Senatus Populusque Romanus*, frente al estilo demagógico y, a la postre, tiránico, de los emperadores inmediatamente anteriores, Calígula y Claudio, que han gobernado apoyando el poder imperial en las armas y el populacho.

2. El análisis de los orígenes del conflicto en el poema es demoledor: Curia y Pueblo, es decir, la configuración del poder del Estado, *Senatus Populusque Romanus*, son víctimas de la solución armada; los partidos que representan a ambos sufren por igual las consecuencias del enfrentamiento bélico. La violencia se apodera del derecho y se cambian los nombres de las cosas: al crimen se le llama virtud. Toda valentía esgrimida en una guerra civil se muda inexorablemente en delito. Roma es una ciudad dispuesta a servir a un solo amo, sea el que sea. De hecho, son intereses privados los que arrastran a cada uno de los jefes a la furia del combate. La cuestión importante por definir reside en cómo debe ser ese amo. Ahí pone todo su empeño el poema. César, Pompeyo y Catón son patrones, piezas imperfectas sueltas, pero que acopladas dan el perfil del emperador ideal, el modelo consensuado por todos, aislando y repudiando los aspectos perjudiciales para el buen gobierno de Roma.

El más marcado (negativamente) es César; su antagonista natural, Catón. Por eso el fundador de la familia reinante se satisface y ve respaldada su causa si Catón aprueba también la guerra civil; intervenir es mancharse del mismo pecado. Bruto es contemplado como enemigo de cualquiera que resulte vencedor. Es un referente de la disconformidad de que se dispute el Estado entre particulares. Catón se salva desde su estoicismo. La guerra civil es la más grande de las impiedades, pero la asume tras la terrible afirmación de que el “crimen será de los dioses” por haberle convertido también a él en culpable. Como héroe estoico, se somete al destino y al sacrificio de la guerra civil. El poeta pone en sus labios: “ojalá bastase a los dioses con mi persona la muerte de tantos inocentes”.

En el extremo opuesto está la crueldad manifiesta de César. A César le avergüenza ser un civil. El perfil psicológico del vencedor



de Farsalia es el de una persona incapaz de soportar la paz. Compulsivo en determinaciones guerreras, no le satisfacen los triunfos parciales. Quiere ir incluso por delante de los hados e, insaciable, no descansa sin ver cumplidos sus últimos objetivos. Su éxito es el de la transvaloración temporal de los valores eternos: con él la violencia se apoderará del derecho y se subvertirán los términos de las cosas. Cuando se produce una rebelión contra él y se queda solo en el deseo de guerra civil, César resuelve la sedición de sus tropas diciendo que encontrará otras espadas, y que sus soldados serán solo plebe, sin derecho a recompensa, “cobardes *Quirites*”. “Su falta de miedo fue lo que provocó ser temido por los demás”, descubre el poeta. A César le gustan los riesgos; del soldado desea que le exija crueldades, y lo único que teme es la razón. Sólo ansía la sangre del combate, el dominio absoluto: es un temperamento desequilibrado. Entregado a las tareas de la paz es un demagogo; se apoya en la muchedumbre al estilo de los tiranos. César prefiere que no le amen, sino que le teman, tal como Calígula se complacía en repetir (Svet. *Cal.* 30, 3). Lucano, cuando se dirige a él, lo hace siempre con ira [*TEXTO 1*].

Pompeyo, en cambio, huye en principio del combate. Intenta retrasar desde su responsabilidad el derramamiento de sangre de sus conciudadanos. No quiere que Roma sufra. Pero su voluntad no es suficiente. Se ve obligado por los suyos a presentar batalla, que de antemano está ya perdida, porque el enfrentamiento armado, la desunión sangrienta de Roma es lo que perseguía durante todo el tiempo su adversario [*TEXTO 2*]. Y, como ocurriera con Catón, del mismo partido, Pompeyo se ofrece también en sacrificio personal si con ello pudiera evitar el desastre. Lucano lo entiende como un líder de circunstancia, de las circunstancias temporales del momento. No es verdaderamente el protagonista principal. Para los ojos del poeta el *partido* es una suma de esfuerzos, por eso no importa quién lleve las riendas ese momento; siempre habrá otro que las sostenga. El grupo es más importante que el individuo, como había sido siempre en la Historia Antigua de Roma, en el imaginario de la mentalidad conservadora que la nobleza senatorial representa. Así se expresa en la escena del Senado reunido en Epiro, en el libro V: “El orden venerable enseñó al mundo que ellos no eran el partido de Magno, sino que Magno estaba en su partido” (Lvc. 5, 13-14).

3. Que la guerra civil fuera un tema en boga del momento y prueba visible de la lucha partidaria en el campo de las letras en tiempos de paz, lo ilustra otro autor contemporáneo. Nos referimos al remedo ácido que Petronio (Keneth F. C. Rose, 1971: 87-94) hace

del poema que nos ocupa a través de su personaje Encolpio. No es la única vez que el *Satiricón* golpea contra las ideas políticas de la nobleza senatorial de su tiempo, surtida de las provincias del Imperio. También en la *cena de Trimalción* hay un poso de burla e ironía de los ideales latifundistas que preconizaba el gaditano Columela, integrante del círculo de los aristócratas de la Bética que se reunían alrededor del poderoso Séneca (J. Rodríguez Morales, 1997: 251-252)

“A muchos jóvenes ha engañado la poesía”, empieza diciendo Encolpio en ataque directo a nuestro poeta con el reiterado reproche de la edad. Luego lo acusa también de dejarse llevar por la moda retorizante rescatada del foro y vertida de manera desnaturalizada en versos épicos (*Satyr.* 118, 1; *Satyr.* 118, 2). Tal impropiedad revela, sin duda, al carácter combativo precisamente de las ideas partidistas defendidas en el ámbito de la política (así se ha de entender la alusión al foro), que se disfrazan adoptando ropajes literarios, como hace Lucano e imita burlescamente también su detractor Petronio [TEXTO 3a].

Los modelos literarios para Encolpio son los de la *pléyade* de Augusto: Virgilio, el poeta de Roma, y el diletante Horacio, calificado como curioso y feliz. Ambos muy alejados del fragor de los conflictos civiles y, desde su altar áureo, muy vinculados igualmente al régimen de la familia imperial: nada sospechosos de republicanismo añejo y militante.

Llama la atención en Petronio que sus “inocentes” reproches a cualquier obra que fuera a tratar de la guerra civil, tengan el mismo argumentario que la crítica tradicional posterior ha volcado sobre el propio Lucano (Antonio Holgado, 1977: 219); a saber: 1) encerrar en versos una narración que hacen mucho mejor los historiadores; 2) no utilizar el aparato mitológico; y 3) no tener una inspiración “libre” y espontánea, sino ceñida por un discurso escrupulosamente jurídico, ateniéndose al testimonio fiel de los acontecimientos (*Satyr.* 118, 6). Así, por ejemplo, Quintiliano escribirá aproximadamente 30 años después de su muerte: “Lucano es fogoso y exaltado, y muy claro en sus pensamientos, y para decir lo que siento, más indicado como modelo de oradores que de poetas” (*Qvint. inst.* 10, 1, 90). Contra el reproche de tratar un contenido histórico relativamente reciente a diferencia de Virgilio, son sus avales Nevio y Ennio, que desarrollaron también temas próximos a su tiempo. Lucano los tuvo legítimamente a disposición a la hora de considerar y manejar los materiales propios del género épico (A. Pociña, 1997: 18-19).

La versión literaria de la guerra civil del personaje de Petronio sitúa como causas del conflicto una situación de decadencia moral

previa y generalizada [TEXTO 3b]. Donde en Lucano era la degradación irremediable de la Naturaleza, el agotamiento de la grandeza de Roma como algo externo, inexorable, sin culpables, motivado por la “evolución natural de los tiempos”, *series fatorum*, (Lvc. 1, 70-72), para el protagonista del *Satiricón* fue la degeneración de las costumbres de la misma sociedad romana en todos sus segmentos sociales (*Satyr.* 119, vv. 1-60). Mientras que para Lucano son los particulares los que ambicionan querer más poder que el que tiene la patria y consideran la fuerza como medida del Derecho (Lvc. 1, 158-182), en los versos de Encolpio es el Estado el que está preocupado en asaltar todas las riquezas del orbe, provocando guerras para desvalijar a los enemigos: “Todos los botines del orbe ansía hambriento el errante soldado, las armas en la mano”, dice. La clase política, la que viste toga en lugar de armadura, también está corrompida [TEXTO 3c]. El voto es de compra y venta. “Venal es el pueblo, venal la curia del senado: el apoyo depende del precio”. Y la plebe, mientras, era víctima de “la insaciable usura y los intereses del dinero”.

Este estado de cosas justifica el alzamiento en armas, un modo de “despertar” moral para sacudirse la ponzoña acumulada (cf. *Satyr.* 119, vv. 31-32; *Satyr.* 119, vv. 41-44; *Satyr.* 119, vv. 51-52; *Satyr.* 119, vv. 58-60). ¿Qué vencedor de una guerra civil no se ha erigido siempre en regenerador de las buenas costumbres, para así justificar su golpe violento al Estado? Evidentemente, Petronio habita ideológicamente bajo las banderas del emperador, como líder populista, apoyado en el ejército y en el pueblo. Las muertes son necesarias, son una depuración, una limpieza que garantiza y sostiene un régimen que satisface a los más contra los menos. La guerra se describe terrible, pero sin detalles, como un *topos* literario preñado de alusiones mitológicas [TEXTO 3d]. No interesa el detalle de los asesinatos y de la crueldad fratricida, sino el despliegue poético. Cuando Julio César toma la palabra dice que empuña las armas “contra su deseo”. Sus enemigos son servidores comprados y de poco precio, hijos ilegítimos de Roma, dignos sin duda de ser eliminados (*Satyr.* 119, vv. 156-159; *Satyr.* 119, vv. 165-168). A su lado están los valerosos y todos los presagios de los dioses favorables. No hay discusión, no hay debate ni sobre la legitimidad del poder, ni sobre cómo debe ejercerse, ni sobre el respeto debido a la legalidad constituida, a la que César dará fin. Todos los vencidos son de la misma especie de cobardes que su líder Pompeyo. La victoria es, en definitiva, de los valientes. En cambio, para Lucano también es de valientes diferir los peligros, como hace y dice Pompeyo (TEXTO 3e).

4. Pero cuando Lucano dice en su poema que se trata de “una guerra más que civil” es porque se desarrolla dentro del marco de una familia, de una misma sangre. Y, en particular, no escatima recursos para describir la crueldad atroz que se desboca entre parientes y vecinos. De hecho, siempre se refiere a los líderes de los ejércitos enfrentados con los términos de “yerno” y “suegro”. Pero enemigos tan unidos en el parentesco no hacen más que señalar una realidad que viene a confluír por ambas partes en el nuevo emperador. Una línea y otra de la familia de Nerón, paterna y materna, estuvieron luchando en bandos contrarios. Ambas estirpes, Domicia y Julia, se habían enfrentado en la Guerra Civil. Por eso ninguno de los dos bandos son descartados en la preferencia del poeta, sino que se complementan. Las estirpes que los conforman están ligadas a la figura del nuevo y joven soberano. De hecho, Nerón, a la par que celebró unos magníficos funerales a su padre adoptivo, el emperador Claudio, tributó los máximos honores a la memoria de su padre Domicio (Svet. *Ner.* 9).

De todo ello se infiere lógicamente que Lucano no establece en el poema el debate político entre extraños ejércitos de gente diversa, sino entre dos directrices, dos modos consanguíneos de entender el Poder del Estado, ya irreversiblemente puesto en las manos de un solo guía. Se daba la feliz circunstancia de que el emperador encarnaba ambas sendas para ejercer el gobierno, por vía paterna y por vía materna. El sobrino de Séneca aprovechará esta coincidencia para, sin menoscabar la autoridad del amo de Roma, dirigirlo y reivindicarlo hacia la rama Domicia, la luminaria de su tatarabuelo.

En efecto, según nos cuenta Suetonio (Svet. *Ner.* 2-5), Lucio Domicio tomó partido por Pompeyo y halló la muerte en la batalla de Farsalia [*TEXTO 4*]. Su hijo, condenado como cómplice de la conjuración contra César, fue a reunirse con Casio y Bruto, ligados a él por lazos familiares. En la siguiente guerra civil, entre Marco Antonio y Octavio, fue legado del primero, pero terminó pasándose a las filas de Augusto. Su hijo se casó con Antonia la mayor, hija del triunviro, que dio a luz a Gneo Domicio, padre de Nerón, fruto del matrimonio de este con Agripina, hermana de Calígula y sobrina y esposa a la postre del emperador Claudio.

La *Farsalia*, pues, revela su objetivo, el por qué dedicarse a narrar aquellos acontecimientos, en una afirmación clara y explícita de su autor: “aquella batalla significó el punto de partida para dilucidar la identidad de Roma”. La frase viene entre los rumores que se extienden en el bando de Pompeyo ante la proximidad de la batalla suprema, y dice: “Está claro que ha llegado el día que establecerá

en el tiempo la suerte de la humanidad y que en este combate se va a tratar de saber qué es Roma” (Lvc.7, 131-133); es decir, cuál es la identidad de Roma.

Para Lucano no fue la batalla de *Actium* la que decidió el nuevo imperio en manos de uno solo. Porque la clave está en el tatarabuelo de Nerón, sobre cuyo tataranieta finalmente recalará la auténtica paz, la reconciliación nacional de los dos partidos enfrentados. Además, en *Actium* la nobleza senatorial iba con Augusto, el considerado auténtico fundador de la estirpe imperial. Ahora se trataba de una refundación, depurando las experiencias negativas de sus sucesores, Tiberio, Calígula y, sobre todo, Claudio.

He aquí el mensaje político abiertamente expuesto: la generación de Pompeyo y César tuvieron en la mano la grave decisión del porvenir (Lvc. 4, 189-205). Pero la paz definitiva sólo podría venir encarnada en Nerón. Por eso el destino es que, de un modo u otro, al final de todo estaba el joven emperador para recibir el poder. Lucano se preocupa no tanto de ese destino insoluble, sino de marcar y subrayar la parte que conviene a los intereses políticos del partido senatorial. Es una cuestión de la familia del príncipe; por tanto, la Guerra Civil es la imagen virtual del trono imperial. Su despliegue literario es una metáfora que no afecta tanto a su esencia literaria, como a su interpretación bajo la *praxis* política. El objetivo de Lucano (y de Séneca) es ése: orientar al joven sucesor de Augusto, modelo de consenso nacional y de gobierno imperial; porque no despreció el prestigio y autoridad del Senado, frente al desvío que supuso, sobre todo, Calígula, denostado mil veces por el filósofo cordobés, o Claudio, que lo exilió, y que estuvo siempre amparado en el ejército y el pueblo.

La nueva nobleza senatorial del siglo I d. C., surgida de las provincias del Imperio viene con hambre atrasada de poder, quiere mantener los derechos y privilegios que antaño gozaron sus predecesores. Para ello rescatan la imagen de una Roma Eterna y ahora Imperial, fruto de los éxitos y adaptación de la Constitución Republicana. Su proyección política encuentra una vía de acción inmediata y eficaz en el círculo cortesano en torno al Príncipe. Es un asunto de influencia, como grupo de presión, de inocularse y hacerse con el entramado de las decisiones del joven emperador. Su propio autor delata netamente el objetivo propagandístico de la *Farsalia*. De ahí la actualidad del tema en su tiempo [TEXTOS 5]. Todos la leerán sabiendo que es el presente, a pesar de ser pasado, y que dirime el porvenir. Y es que ese es el auténtico sentido literario e ideológico del poema en su época, que ha sido malinterpretado en los siglos posteriores.

Así, porque es lógico que no sea simplemente un narrador omnisciente, como lo fuera Virgilio, sino un espectador de los acontecimientos emocional y políticamente comprometido (J. Masters, 1992: 88), Lucano toma partido por el triste destino del bando de los perdedores y los personajes principales que lo dirigen en aquellos tiempos. Y rechaza visceralmente los triunfos y las batallas del ejército oponente, la suerte del vencedor (M. Leigh, 1997: 39). De hecho, define al vencedor, cualquiera que hubiera sido, como nefasto para la República, porque el destino de Roma se decantaba por el propio orden de la Naturaleza hacia las manos de uno solo. No es miedo, pues, al régimen imperial, sino a la tiranía. Lo que teme de verdad es la pérdida de la libertad, de los valores del orden romano ante el empuje y la influencia negativa del populacho y la gente de armas. Teme que la cultura de Roma quede irremisiblemente deteriorada en manos de la barbarie de las masas incivilizadas del vulgo y la soldadesca (W. R. Johnson, 1987: 86).

La gran novedad de un planteamiento así es la instrumentalización de la guerra civil como punto de referencia de moldes universales, de piezas incontestables *de lo que debe ser y lo que debe evitarse*. De ahí que tanto Pompeyo como César, en cuanto a posibles vencedores de la contienda, estén condenados de antemano por el narrador. Es la derrota y la causa vencida las que se constituyen en la perspectiva positiva desde la que se narran los hechos (J. Bartolomé Gómez, 2006: 261). Pero, sobre todo, y por defecto, es la paz de todos la que sufre en conflicto tan feroz entre ciudadanos. En realidad, el concepto de paz es el de la fuerza que ejerce el poderoso sobre el débil; es un equilibrio que reside en la supremacía de unos sobre otros. La paz es fruto de la imposición a través de la guerra. En Petreyo, el general pompeyano frente a Ilerda, resuena la arenga que otrora hiciera Catilina a los suyos: *nemo, nisi victor, pace bellum mutavit* (Sall. *Catil.* 58, 15). Para Lucano no hay otra paz que no caiga bajo el peso de la fuerza impuesta. No entiende de otra manera el poder, que es el que rige ineluctablemente los comportamientos ciudadanos públicos y privados.

Siendo, pues, el objetivo de la *Farsalia* doctrinal y propagandístico, lo importante y reseñable del poema es cómo caracteriza el poder del régimen imperial, cómo señala los defectos del germen del error que porta César en ciernes, desde un punto de vista ético-político. En el libro V queda perfectamente descubierta y definida la opción cesariana, la que tuvieron en sus manos los emperadores que abrazaron el populismo y la compra de voluntades del ejército, dándole la espalda al Senado. Allí se dice con rotundidad que el líder

populista es un auténtico rehén de los caprichos inmoderados del vulgo. En los versos de Lucano es la masa quien conduce a César, quien realmente controla a quien se pone a la cabeza de sus deseos. Él es su criatura, su muñeco títere, traído y llevado por los hilos de los instintos insaciables, caóticos y primitivos, previos a cualquier mínima cohesión social. El poder que otorga la soldadesca es venal, un encumbramiento demasiado inestable y oscilante. Los soldados son conscientes de que nada respetable se mantiene a su paso. Cuando dos se unen para hacer una fechoría se pierde el rango, pasan a ser cómplices. Así se lo escupe un soldado a César: “el crimen iguala a los que contamina”. Cuando se rebela contra César, se descubre la materia de la que está hecha el soldado. Es de otra especie distinta a la del ciudadano: el castigo lo calma. Manifiesta así la docilidad del animal humano acostumbrado a la matanza (Lvc. 5, 237-251; 5, 287-290; 5, 369-373). Además, complacer a los más supone la cesión a la barbarie, la claudicación de la esencia de Roma, del orden civilizado (W. R. Johnson, 1987: 114-115). No hay libertad en un régimen así. Sólo tiranía.

Pero, descubierto y sacado a la luz el mal, puede aplicársele el remedio adecuado, la medicina necesaria, que puede aportar moderación en el gobierno y dotarlo de la palabra “libertad”; esto es, de “la capacidad de intervención en los asuntos de Estado por parte de la élite senatorial” (E. Narducci, 2002: 24). Nerón parece aceptarla de buen grado, en oposición a los gobiernos de sus antecesores Claudio y el aborrecido Calígula, como si de un nuevo y conciliador Augusto se tratara (Svet. *Ner.* 10).

Por consiguiente, el contenido de la Guerra Civil que trata la *Farsalia* tiene una continuidad más allá de los límites históricos y literarios; ya que su efecto se extiende al momento actual (como sucedía también en Virgilio) en que vive Lucano. Lo importante es el mensaje que destila, la fuerza dramática de su tesis: la reivindicación y enaltecimiento de la conciliación nacional en la figura del joven emperador Nerón, encarnación suprema de la superación del conflicto; pues en su sangre lleva la sangre de los dos partidos enfrentados, personificados en sus abuelos paterno y materno. Es él el *ara pacis* y confluye en su persona un modelo moderno de régimen bajo la figura del emperador, dirigiendo así al pueblo y al ejército, pero con el estilo tradicional de la Roma eterna republicana, apoyada en el Senado, o más claramente dicho, en el grupo de presión del partido senatorial, liderado a la sazón por Séneca.

## TEXTOS

Las traducciones de Lucano proceden de: M. Anneo Lucano, *La Farsalia*, Texto revisado y traducido por Victor-José Herrero Llorente, Ed. Alma Mater, Barcelona, 1967, 3 Volúmenes.

Las traducciones de Petronio proceden de: Petronio Árbitero, *Satiricón*, Texto revisado y traducido por Manuel C. Díaz y Díaz, Ed. Alma Mater, Barcelona, 1967, 2 Volúmenes.

*Texto 1.* El perfil del carácter odioso de César ante la sedición de su ejército.

“¿A qué jefe no hubiera amedrentado aquella sedición? Pero César acostumbrado a salir al paso arriesgadamente a los destinos, y gozoso de poner a prueba su fortuna frente a los mayores peligros, se les presenta sin esperar a que se calme su cólera: se apresura a afrontar sus furores cuando están en el momento culminante. [...] Desea, sí, que le reclamen todas las crueldades, quiere que se ambicionen las recompensas de Marte, lo único que teme del soldado indómito es la razón. ¡Oh, no te avergüenzas, César, de que sólo a ti te agraden las guerras que ahora desaprueban sus propias manos? Se ahitarán estos de la sangre antes que tú? ¿Encontrarán pesado el derecho del hierro? ¿Y serás tú el único que avasalles lo lícito y lo ilícito? Doblégate y aprende a vivir sin armas, sea permitido poner un tope a tus crímenes. Desalmado, ¿qué persigues? ¿Por qué apremias a quienes rehúsan?” (Lvc. 5, 300-315).

*Texto 2.* Perfil del carácter servicial de Pompeyo: la patria antes que el liderazgo:

“Los compañeros intentaron con sus consejos disuadir a Magno, dispuesto a perseguir al ejército de su suegro donde quiera que buscara la fuga y le exhortaron a dirigirse a las moradas patrias y a la Ausonia, libre de enemigos. ‘Jamás repetiré para con mi patria’, dijo, ‘el ejemplo de César, jamás Roma me verá volver si no es después de licenciado el ejército. Yo pude ocupar Italia al surgir el movimiento, si hubiera querido pelear en los templos patrios y combatir en medio del foro. Con tal de alejar la guerra marcharé a la región extrema del frío escítico y a las zonas tórridas. ¿Vencedor, oh Roma, te arrebataré la tranquilidad, yo que huí para que los combates no te oprimieran? ¡Ah! Antes de que tu sufras lo más mínimo en esta guerra, que piense César que eres suya’”. (Lvc. 6, 316-329).



*Textos 3. Petronio vs. Lucano: la visión de la Guerra Civil en el partido de la nobleza senatorial y los cesaristas.*

*Texto 3a. El combate partidario estético-ideológico: la descalificación literaria de Lucano y La Farsalia:*

[Habla ENCOLPIO]: “A muchos jóvenes ha engañado la poesía. Pues en cuanto cualquiera ha construido un verso sujetándolo a pies y ha tejido una idea delicada en un periodo, piensa que al punto ha llegado al Helicón. Así los ajetreados por las exigencias del foro con frecuencia han buscado refugio en la tranquilidad de la poesía como en un puerto más seguro, en la creencia de que es más fácil poder construir un poema que una controversia engalanada con pequeñas sentencias fulgurantes. Por otro lado ni un espíritu bien provisto gusta de estas sanidades ni la mente puede concebir o dar a luz su parto a no ser inundada del anchuroso río de las letras. Hay que rehuir toda trivialidad, por decirlo así, de los vocablos y tomar expresiones ajenas a la plebe, para que sea verdad aquello de “odio al vulgo ignorante y lo tengo lejos”.

Aparte de esto debemos procurar que las sentencias no se eleven fuera del cuerpo del discurso, sino que brillen con un color aparejado a su vestidura. Testigo Homero y los líricos y Virgilio, el poeta de Roma, y la meticulosa felicidad de Horacio. Pues los demás o no vieron la senda por donde se va a la poesía o vista no quisieron recorrerla.

He aquí que la difícil obra de una guerra civil quienquiera que la acometa sin estar lleno de saber literario caerá bajo su peso. Pues no se trata de encerrar en versos la narración de los acontecimientos, lo que hacen mucho mejor los historiadores, sino que la libre inspiración ha de despeñarse por peripecias e intervenciones divinas y la ruidosa torrencera de frases brillantes, a fin de que más se deje ver la locura de un espíritu entusiasmado que la precisión de una narración respetuosa para con los testimonios” (*Satyr.* 118).

*Texto 3b. El combate partidario estético-ideológico: la naturaleza del conflicto visto por el partido de la nobleza senatorial:*

“Mi espíritu me impulsa a revelar las causas de tan grandes acontecimientos; una tarea inmensa se abre sobre mí. ¿Qué motivo ha lanzado a las armas al pueblo enfurecido? ¿Qué es lo que ha arrebatado la paz al mundo? Ha sido el envidioso encadenamiento de los destinos, la imposibilidad inherente a todo lo muy elevado de mantenerse por muy largo tiempo, la grave caída bajo un peso excesivo, Roma misma incapaz de sostenerse. [...] Las cosas

grandes se abaten sobre ellas mismas: tal es el límite que le asignaron los dioses al crecimiento de lo que prospera. [...] eres tú, Roma, la causa de tus propios males, convertida en bien comunal de tres señores, y esos funestos tratados de un reino jamás hasta ahora repartido entre semejante turba. ¡Oh mal avenidos y ciegos por la pasión de una ambición desbordada! ¿De qué os sirve unir vuestras fuerzas y gobernar en común el mundo? Mientras la tierra soporte el mar y el aire la tierra, mientras Titán recorra su larga órbita en perpetuas fatigas y en el cielo suceda la noche al día a través de las doce constelaciones, será imposible la lealtad entre los copartícipes del mundo y no habrá suprema potestad que consienta un asociado” (Lvc. 1, 70-93 *passim*).

*Texto 3c.* El combate partidario estético-ideológico: la naturaleza del conflicto visto por el partido de los *cesaristas*:

“[...] los Quirites comprados cambian su voto según los favores y el tintineo de la recompensa. *Venal es el pueblo, venal la curia del senado*; el apoyo depende del precio. La virtud de los tiempos libres ha dejado a los senadores; tras las riquezas repartidas, ha cambiado de manos el poder y hasta la majestad corrompida por el oro se ha venido al suelo. [...] Que a tal punto era Roma perdida mercadería de sí misma y botín sin venganza. Más aun, a la plebe estrangulada en doble remolino la iban royendo la insaciable usura y los intereses del dinero.

Ninguna casa está segura, ningún cuerpo sin prenda. [...] Las armas gustan a los arruinados, y el bienestar pulverizado por el lujo es reconstruido gracias a las heridas. La audacia sin bienes se considera segura. A esta Roma hundida en el fango y que se revuelca en este sopor, ¿qué remedios podían removerla por buenas maneras, sino la locura y la guerra y las pasiones desencadenadas por la espada?” (*Satyr.* 119, vv. 49-60 *passim*).

*Texto 3d.* El combate partidario estético-ideológico: La victoria es de los valientes sobre los cobardes para Petronio:

“Armas, sangre, muertes, incendios y todas las secuelas de la guerra danzan ante los ojos. Los pechos se agitan en confusión y, asustados, se dividen en dos facciones. Este decide huir por tierra, aquél prefiere el agua y le parece más seguro el océano que su patria. Hay quien más bien quisiera probar a luchar y atenerse a la voluntad de los hados. Cuanto cada cual teme, tan lejos huye. Y más de prisa el pueblo mismo en medio de este desorden —¡qué triste espectáculo!— se deja llevar a donde lo conduce el pánico, abandonando la urbe. Roma se goza en huir y los Quirites, ya

derrotados por simples rumores, abandonan sus hogares entristecidos. [...] Con el otro cónsul, Pompeyo, el terror del Ponto, el descubridor del feroz Hidaspes, el escollo de los piratas, aquel cuyo triple triunfo poco antes había hecho sentir un escalofrío a Júpiter, aquel a quien, vencida su vorágine rendía veneración el Ponto y, sometidas sus olas, el Bósforo, —¡oh, vergüenza!— huye, abandonando lo que se llama imperio, para que, liviana, la Fortuna viera asimismo la espalda de Pompeyo” (*Satyr.* 123, vv. 209-244 *passim*)

*Texto 3e.* El combate partidario estético-ideológico: También es de valientes diferir el combate para Lucano:

[*Habla POMPEYO*] “A muchos les impulsa a afrontar los supremos peligros el temor mismo del peligro que se avecina. El más valiente es aquel que dispuesto a afrontar los peligros si se les presenta cara a cara, es también capaz de diferirlos” (*Lvc.* 7, 105-107).

*Texto 4.* Lucio Domicio, tatarabuelo de Nerón, enemigo de César. C. Suetonio Tranquilo, *Vida de los Doce Césares*, Texto revisado y traducido por Mariano Bassols de Climent, Ed. Alma Mater, Barcelona, 1967, 3 Volúmenes:

[...] siendo pretor, citó a juicio delante del Senado a Gayo César, al expirar su consulado, haciéndose eco de quienes afirmaban que había ejercido su cargo contraviniendo los auspicios y las leyes; más tarde, elegido cónsul, intentó despojarle del mando de las legiones de las Galias y, nombrado sucesor suyo por el partido [de Pompeyo], cayó prisionero junto a Corfinio a comienzos de la guerra civil. Dejado en libertad se trasladó a Marsella para alentar con su llegada a los habitantes de esta ciudad que sufrían las consecuencias de un duro asedio, pero de súbito les abandonó para hallar finalmente la muerte en la batalla de Farsalia” (*Svet. Ner.* 2).

*Texto 5.* La actualidad de la Farsalia en clave política: la utilidad de sus versos sobre “nombres esclarecidos”, *verbi gratia*, el emperador Nerón:

“Entre las generaciones venideras y los pueblos de nuestros nietos, sea que lleguen a los futuros siglos solamente por la fama o bien porque el esfuerzo de mi trabajo pueda servir de alguna utilidad a nombres esclarecidos, cuando estas empresas guerreras se lean suscitarán al mismo tiempo esperanzas, temores y votos estériles; todos atónitos, las leerán como sucesos venideros no pretéritos y todavía, Magno, se inclinarán por tu partido” (*Lvc.* 7, 207-213).

## BIBLIOGRAFÍA

- BARTOLOMÉ GÓMEZ, J. (2006), “La narración de la batalla de Farsalia como derrota en Lucano”, *Emerita*, LXXIV (2), 259-288. (Consultado el 29 de Febrero de 2012: <http://emerita.revistas.csic.es/index.php/emerita/article/view/18/18>).
- ESTEFANÍA, D., 1997, “La épica en época imperial”, en *Historia de la Literatura Latina*, Carmen Codoñer (ed.), Madrid, Cátedra, 1997, 435-448.
- HOLGADO REDONDO, A. (1977), “El encabalgamiento versal y su tipología en la Farsalia de Lucano”, *Cuadernos de Filología Clásica*, 13, 1977, 213-268.
- JOHNSON, W. R. (1987), *Momentary “Monsters”. Lucan and his heroes*, London, Cornell University Press, 1987.
- LEIGH, M. (1997), *Lucan: Spectacle and Engagement*. Oxford Classical Monographs. Oxford, Clarendon Press, 1977.
- MASTERS, J. (1992), *Poetry and civil war in Lucan’s Bellum Civile*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.
- NARDUCCI, E. (2002), *Lucano, Un’epica contro l’impero*, Firenze, Laterza editori, 2002.
- POCIÑA, A. (1997), “Épica y Teatro”, en *Historia de la Literatura Latina*, Carmen Codoñer (ed.), Madrid, Cátedra, 1997, 13-70.
- RODRÍGUEZ MORALES, J. (1997), “Trimalción: un terrateniente de la época de Columela”, en J. M.<sup>a</sup> Maestre Maestre, L. Charlo Brea y A. Serrano Cueto (eds.), *Estudios sobre Columela*, Cádiz, Ayto. Cádiz, Cátedra Adolfo de Castro, Servicio de Publicaciones de la Univ., 1997, 247-256.
- ROSE, KENETH F. C. (1971), *The date and author of the Satyricon*, Leiden, E. J. Brill, 1971.